

El jardín de la muerte

Gastón Baquero

*El abnegado perrito del Duque de Engbien
quiso morir junto a su amo. Metido entre las balas
saltaba de un lado al otro como si jugase
con el destino, pero la muerte
parecía desdeñarle, porque a su vez la muerte
iba y venía, como jugueteando, entre
el trémulo cuerpo del duque y los saltos del perro.
El fiel animalito se empeñó en cubrir de rosas
el sepulcro de su amado dueño:
recorría las avenidas del cementerio, recogiendo
rosales en flor, plantas, raíces, para llevarlas
al lecho funeral del duque. Tapizó el entorno
con lucientes guirnaldas, y se echaba a dormir
entre las rosas, allí donde sentía los lejanos latidos
del corazón amado. El perrito del Duque de Engbien
fue tomando más y más figura de rosal, se volvió rosa
él mismo, y un día ya nadie pudo distinguir, entre
los ramajes, cuáles eran las puras rosas del jardín
y quién era la transfigurada imagen del perrito abnegado:
todo era ya rosas en aquel resplandeciente
jardín de la muerte.*